

DRAMA Y SÁTIRA DE LA IGLESIA:

de los curas obreros a Peyrefitte

por

Carlos Real de Azúa *

En: *Marcha*, n° 830, 14/09/1956, p. 21-22.

La primera parte de esta nota (que se publicó en nuestra edición anterior, setiembre 7, 1956) traza un cuadro panorámico de la acción de los sacerdotes obreros. Para ese cuadro, así como para el comentario siguiente, se utiliza el libro de Pierre Andreu: *Grandeza y errores de los curas obreros* (traducción de Edmundo Fontana, Buenos Aires, Editorial Leviatán, 1956, 256 pp.); se cierra este trabajo con un examen de *Las llaves de San Pedro*, novela de Roger Peyrefitte (traducción de Miguel de Hernani, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1955, 454 pp.) cuyas escandalosas "revelaciones" constituyen provocativo contraste con la misión de los sacerdotes obreros. Irá en el próximo número.

En un principio tímidamente y con muy mayor caudal y franqueza desde el famoso incidente de la manifestación contra Ridgway, cada toma de posición, cada declaración, fueron controvertidas, desmesuradas, hostilizadas. Esta hostilidad tuvo, naturalmente, muy diversos matices, que fueron desde la amonestación aprehensiva de las jerarquías hasta el tono abiertamente hostil de esos grupos cristianos sindicales que veían amenazadas sus posturas y toda una tradición de esfuerzos. Rastreando, sin embargo, el copioso material del libro de Andreu es fácil ver que, por lo menos en las formas, nadie perdió la línea de un reconocimiento pleno de la grandeza moral de los que advertían -o que atacaban- de la limpidez de sus móviles, de la fertilidad última de su tentativa. Nadie invocó por ejemplo, argumentos del sentido tipo de los de "La semana religiosa de Arras". Aun en una ética de contención de impulsos, de ascesis de deseos, como la cristiana es, se siente hoy que esa contención debe predicársela cada uno a sí mismo o que, a lo menos, no cabe la bajeza de que los que tienen todo, o les son solidarios, se la prediquen a los que nada tienen (y en nada pueden contenerse). En beneficio (espiritual) probable de éstos y en beneficio (material) seguro de los mismos que la predicán.

Lo cierto es que, entre postulaciones y respuestas, se integra seguramente el más rico y sugestivo material que la posición temporal de la Iglesia haya suscitado en nuestro siglo.

No todo en el capítulo de las objeciones tiene, es natural, el mismo peso. En buena parte éste se limita a recordar posiciones ya tradicionales del Pontificado; por ejemplo, la condenación del comunismo en la Encíclica *Divini Redemptoris*, la afirmación de su *perversidad intrínseca*.

Otros apelan a la condición jerarquizada del aparato comunista y a la consecuencia

* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez

inexorable de que toda colaboración que se realice en *las bases*, por más limpios y más justos que sean los lemas que las muevan, se haga, a través de una dialéctica muy imprescindible pero también muy hábil, esfuerzo humano manejado, masa de maniobra empleada en contingencias y fines que pueden estar astronómicamente distantes de aquellos fines primeros. Parece probable que la identificación de clase obrera -C.G.T. y Partido Comunista- impuso, a la postre, a los Padres obreros una solidaridad con la línea política de Moscú que, en honor a la verdad, no horrorizó demasiado a los acusados de ella.

Otras negociaciones apuntaron, sobre todo, a una alegada desfiguración del sacerdocio. Pertenecen al ámbito disciplinario eclesiástico, pero tuvieron su influencia en plano más general. No debía ser confundido -se alegaba- el sacerdocio y la condición obrera: los dos imponen hacerse distintos. La jornada laboral impedía al padre sometido a ella, los ejercicios y las prácticas mínimas que configuran su condición; su alejamiento del medio normal destruía la obediencia jerárquica que los integra en un cuerpo único. No era que el trabajo manual le estuviera vedado al sacerdote y muchas órdenes lo realizan, pero el que se cumple en una fábrica es tan absorbente, tan agotador que no deja margen a prácticas tan copiosas como las que implica un mínimo de condición clerical. El principio del testimonio contra el esfuerzo individual de conversión sacrificaría al sacerdocio sin fruto visible ya que -se señalaba- incluso a los Padres llevados a la dirección sindical no era su fe, lo que se les pedía y ¿qué irradiación de fe sería ésta que no se traducía fructuosamente, concretamente, en adhesiones ganadas, en conquista? El valor de la parroquia también fue redarguido con énfasis. *No hay Cristiandad sin parroquias*, se afirmó; no hay nada que destruya su primacía, pese a la esclerosis *bien pensante* que las devora. En una adhesión tan radical a una clase por parte del sacerdote se vio un peligro a la caridad universal y a su ejercicio sin distingos que al sacerdote debe exigírsele; la caridad, se admitió, *acepta preferencias*, no soporta *exclusiones*. Al encerrarse el Padre obrero en *un clima de lucha y de parcialidad*, al convertirlo en *un mentor laico*, en *un hombre de choque*, con compromisos y con responsabilidades que deben ser dejadas a los laicos, se la filia a un clima de odio. La herencia de ese odio impediría, justamente, en una nueva civilización, la operancia de un Amor, que los más libres, podrían testimoniar.

Otras objeciones resultan menos profesionales, más ambiciosas. Parece la de más peso la de que los sacerdotes obreros incurrieron a menudo en un culto romántico del proletariado que el mismo comunismo rechaza como desviación intelectual, "pequeño burguesa". *El obrerismo*, se afirmó, resulta una ideología trasnochada cuando las transformaciones técnicas y sociales del siglo hacen del proletariado, en cuanto clase que vende una fuerza indiscriminada de trabajo, un sector amenazado de desaparición. Este comentario no puede menos que asentir a la observación. La importancia creciente de "la clase directorial" (a pesar de los desenfoques de que haya podido adolecer la profecía deslumbrante de Burnham), el incremento del ámbito técnico, el avance de la cibernética y la automatización, la afirmación incontrastada de una "clase estatal" y burocrática distinta a las clases medias tradicionales, estratifican la sociedad de modo bastante más complejo y diferente a lo que pueden hacerlo los planteos de un "obrerismo" sentimental. Llamarle, por otra parte, "proletariado" a todo lo que no tiene derecho a un beneficio sin trabajo sobre los medios de producción sería utilizar un rótulo que las vías, muy concretas, de la vivencia de lo proletario en los Padres obreros, rechazarían. Los contradictores agregarán, sin embargo, conclusiones y advertencias: *todo endiosamiento de la clase obrera conduce a un*

estancamiento. Se puede amar sin necesidad de endiosar.

A la autenticidad de esta preocupación, al signo de este amor, la declaración colectiva de los inculpinados apuntaría de algún modo cuando señala a aquellos que *la miseria les produce conmiseración cuando está indefensa, pero se inquietan de verle preferir las organizaciones que ella se ha forjado...*

Las que, sin embargo, centraron vitalmente el debate fueron otras cuestiones. La afirmación de "La trascendencia" de la Iglesia. La de su naturaleza arbitral ante las fuerzas sociales. La de las relaciones entre la acción temporal y la acción espiritual.

La Iglesia Católica -se recordó- quiere ser (debe ser), una realidad trascendente a todas las civilizaciones, razas, clases, partidos, banderías. A ninguna se liga irrevocablemente, con ninguna juega su suerte. Solidariza en forma tan radical con el destino del proletariado es, por ello, negar esa trascendencia. Y si es fuerza arbitral, si aceptando las clases como resultado de la diversidad de funciones de la sociedad humana, no toma partido por ninguna de ellas y a todas las mide con un mismo patrón (muy genérico) de justicia, ¿no es la actitud de los Padres obreros una doble negación de esa trascendencia y de ese carácter arbitral?

La posición de los implicados no aparece muy clara en esto. Los "cristianos progresistas", asociados a veces con ellos y condenados al fin, enfrentaron las cosas más dramáticamente. *El militante que se ha unido a los comunistas, el que busca condiciones de trabajo más humanas, el que, contra viento y marea hace construir casas para quienes no las tienen, ese tendrá cerrado el camino hacia los sacramentos. Por el contrario, el industrial inconsciente que paga un salario bajo a sus obreros, el especulador enriquecido, el gran hombre de negocios que estrangula serenamente a sus competidores, éste se acercará a la Santa Mesa para recibir sin pestañear el cuerpo de Cristo.*

La situación es sugestiva. Tal vez no valga, empero, por una respuesta. Andreu se limita a señalar *Bajo la protesta legítima ¡cuanto contrabando!*

Posiblemente los Padres obreros, encerrados en normas disciplinarias obedecidas en último extremo, no estaban en condiciones de hacer estas puntualizaciones. De señalar, por ejemplo, con qué distinta intensidad la jerarquía eclesiástica francesa, y sobre todo vaticana, reaccionaron contra un intento o amenaza potencial de identificar la religión cristiana con la clase proletaria y con cuanta menor y diluida intensidad se realzan esfuerzos para lograr la ruptura de una efectiva, y real y presente "alienación" de lo cristiano en el mundo burgués y sus condicionalidades. Y señalar, también, hasta qué punto es poco "arbitral" enfrentar las dos alienaciones como si las dos se hallaran en la misma etapa de desarrollo (la de la Iglesia en el mundo burgués; la de la Iglesia en el mundo proletario) oponiendo frente a una (la más antigua) la condenación teórica y frente a la otra (que apenas se esboza) todas las armas y todos los truenos de la disciplina.

Las reiteradas afirmaciones de los Padres sobre la insuficiencia de "la doctrina social de la Iglesia", auténtica "moral social" (efectivamente normativa como tal) pero sólo imaginaria "sociología cristiana", aunque algunos así la llamen, no llegó nunca a destacar hasta qué

extremo tan radical esa moral parte del capitalismo como única realidad de hecho a enfrentar, como única estructura a cristianizar y hasta qué otro extremo, tan radical también, esa misma moral social no contempla la cristianización de una economía colectivista. No es hacerlo, parece, manejarse sólo con los tópicos –reales, pero tópicos al fin- de la violación del derecho natural la propiedad o del peligro de tiranía y despersonalización que contienen las economías *planificadas centralmente* (según el eufemismo con que las Naciones Unidas designan la de Unión Soviética y las naciones por ella controladas).

Volvamos a Andreu. La tácita aceptación de aquel principio de *Revolución primero y evangelización* después se "alegó, supone en buena parte que la Iglesia es un condicionado, un agregado, una "superestructura". Lo cree el marxista ¿puede creerlo el cristiano? Separar lo temporal y lo espiritual *en nombre de lo humano* ¿no es negar que la historia es siempre un hacer múltiple, simultáneo, donde nada puede ser dejado para el lunes y todo realizado al mismo tiempo? Lograr cristianos dentro del orden capitalista mismo, sin prescindir de la acción que transforme las estructuras, contemplaría mejor la inescindible exigencia dialéctica de que mundo y hombre deben ser cambiados al mismo tiempo. Poner el *pan material* antes que el *pan espiritual* es confundir la esperanza temporal cristiana con el mesianismo proletario, preparando las vías de ese "humanismo ateo" que ha sido diagnosticado por lo más vivo del pensamiento religioso de nuestro tiempo.

Hace treinta años ya, Nicolás Berdiaeff había lanzado apodícticamente su *Sin Dios no hay hombre*. Sin la latente dignidad de criatura divina, el juego de lo social minimiza la persona humana, la reduce a esa ínfima cosita que es el rodaje de un mecanismo inmerso. Apuntando a las consecuencias actuales de ese "humanismo ateo", los contradictores sostendrán: con el pretexto, y más que con el pretexto, con el propósito honradísimo de liberrar al hombre, se mutila su imagen, se fuerza su condición, se fuerza su naturaleza; en último término, se le esclaviza. Una filosofía y, en distinto plano, una religión, que conciban una personalidad supremamente abierta a la trascendencia, llegarán a la conclusión de que toda "autonomía" que la cierre a ella, que ligue al hombre al estricto círculo de un mundo de cosas no será mediata y definitivamente liberadora. En sus expresiones mejores, el "humanismo cristiano", el "humanismo de encarnación", no cayó en la diatriba gruesa del anticomunismo político capitalista. No llamará esclavizadoras a aquellas fuerzas movidas honestamente por el "humanismo ateo", como no dejará de ver las formas, editas o inéditas, de esclavitud, que se esconden —más allá de ciertas redenciones parciales— en la dialéctica final de su camino. Apunta esencialmente a ese camino de reproche más hondo que a los sacerdotes obreros pudo hacersele. Con todas sus magníficas, y santas intenciones, esos hombres no dejaban, no dejaron de empedrarlo.

El conflicto que en estas líneas —que no son más que gruesas— se vio así debatido no se limitó, claro está, a este juego de tesis y de antítesis. No se quedó en ellas. Pero si bien sería imposible decir que la Iglesia lo ha superado y puede pensarse que sólo lo superaría si las condiciones del mundo moderno y las apetencias del hombre dejaran de ser lo que son y la Iglesia misma renunciara a su misión y a sus fines, como en toda institución de su fuerte textura, la violencia de las pugnas se amortigua casi siempre a través de una serie de balances, de concesiones, de síntesis. No todo lo hacen las condenaciones y aceptando

dilemas que son inocultablemente operantes y vivos se preparan desarrollos nuevos y planteos llevados a un plano más alto.

Para el lector de *Grandeza y errores de los curas obreros* resulta evidente que el dilema real de esta dramática experiencia se armó entre un "contaminarse" (con el mundo social, con las pasiones de clase, con el marxismo, con el comunismo) y un "permanecer" (en la ortodoxa pureza, en la más radical ineficacia), en otras palabras: o jugarse o quedar al margen de aquel sector de la sociedad en el que se cree que se están realizando las transformaciones decisivas de la historia. Y quedar la Iglesia, lo que es peor aún para ella, inevitablemente solidarizada con las fuerzas que son hostiles a esas transformaciones, que habrán de ser sus víctimas.

El drama de los que penetran en un medio a conquistar, y son conquistados por él es muy viejo y se da todavía —especialmente en la acción política— todos los días. No pertenece por ello sólo al orden de la evangelización religiosa pero marca siempre, cuando se da, un fenómeno muy grave para la causa conquistadora: el medio penetrado tiene mayor vitalidad, mayor sugestión e, incluso, mayor densidad, espiritual que el medio conquistante. No creemos que nadie haya dicho hasta qué perturbador parecido el experimento de los sacerdotes obreros, asimilando los modos de vivir del mundo proletario, asumiéndolos plenamente, presenta puntos de contacto con el recordado episodio de la predicación jesuítica en la India, China y Japón (que tanto ha destacado Toynbee como paradigma de inteligencia y de comunicación de culturas). Allí también los misioneros adoptan vestimenta, lenguaje, costumbres y, aparentemente, las formas y la imaginería de aquellas religiones que se proponen reemplazar. Pero lo que se sabe de aquel capítulo evangelizador y de aquellos hombres es que nunca sucumbieron al prestigio del medio en que actuaban hasta sentirse más solidarizados con él que con su fe. Y por ello, aunque el lejano episodio de hace tres siglos tenga hasta un final tan semejante al actual y se haya malogrado por incompreensiones, interferencias y una preparada suma de adversidades, la condición de ambos es radicalmente diferente. Que por primera vez, es posible, en la historia de la iglesia que un ambiente penetrado y su fe resulten más atractivos que la fe que se va a prestigiar (en el fondo de eso se trata) de algo que puede incitar a reflexión a cristianos y a no cristianos, a soviéticos y a occidentales. Que muchos sacerdotes obreros, intimados disciplinariamente a abandonar su actividad, hayan preferido continuar su vida dentro del mundo áspero que desde ese momento, irrevocablemente, eligen, que algunos que renunciaron a él lo hayan llorado como un paraíso perdido es el hecho. El hecho terminante y revelador.

Frente a eso, todas las explicaciones post-episódicas que se han dado, y que Andreu recoge, pueden ser interesantes pero no son decisivas. Algunas tienen la verdad parcial de lo puramente psicológico. Andreu, por ejemplo, recapitula: *jóvenes sacerdotes, que se sienten estancados en el ministerio parroquial en la Misión de París o en los equipos de Provincia la posibilidad de una nueva vida sacerdotal, sin sotanas, sin patronazgos, sin viejos bigotudos, sin curas; existe también este aspecto en las vocaciones de los sacerdotes — aspecto mínimo, bien lo sé, junto a la vocación esencial de llevar al Cristo a los obreros—, pero no sería inteligente dejar de señalarlo*. Hablando de uno de ellos, el abate Michel Favreau, el autor señala: *Se entregó a los portuarios de Burdeos como se hubiera podido entregar a los paracaidistas en Indochina. Lo que en principio le condujo hacia lo*

portuario no ha sido una vocación social "revolucionaria" irresistible; como tantos otros sintió el gran llamado cristiano hacia lo más difícil y lo más duro; no ocultemos tampoco el descorazonamiento que le invadió ante la mediocridad de nuestros medios cristianos. (Y así) descubrirá todo: sindicato, salarios, precios, paga. Estados Unidos. U. R. S. S. — en contacto con los más pobres, cargando y descargando los barcos, excelente escuela de vida pero pobre enseñanza teórica. ¡Cuántos jóvenes curas se encontrarán en su mismo caso, porque esa vaga homilía sobre "la doctrina social de la Iglesia" los prepararon muy mal para el encuentro con los marxistas o simplemente con los patrones liberales!.

Junto a esta clave, que podría valer para muchos países, otras que ensaya Andreu son más estrictamente locales.

Que el proletariado francés parezca mucho menos integrado a la sociedad, (como un todo), que otros; que sus condiciones de vida, y en especial de vivienda, sean más precarias que las del obrero de Inglaterra, Estados Unidos o Alemania, es un hecho aceptado por la mayor parte de los que han estudiado su situación. No en vano Francia continúa siendo el país "pequeño-burgués" por excelencia (¿de dónde sacó si no su fuerza el pujadismo?) y uno de los menos evolucionados técnicamente. No hay una suerte universal del obrero bajo el capitalismo, todas son distintas. En los países de capitalismo maduro es una; en los de capitalismo menos maduros pero profundamente burgueses es otra, y en un cuadro de esos parecen insertarse los rigores que los Padres obreros han vivido. En las regiones semicoloniales, *infradesarrolladas* como ahora, oficialmente, se acepta, la suerte de las clases medias puede llegar a ser tan difícil como la del proletariado constriñéndolas en forma más intensa que el proletariado mismo entre las oligarquías internas y el imperialismo exterior. En cada situación pues, hay elementos específicos que no se dan en las otras y la actitud ética que ellas susciten tal vez no sean susceptibles de una ingenua universalización. Para explicar por qué el clero francés pudo encontrarse siendo comunizante hacia el fin de la Guerra, Andreu ensaya una respuesta. También es sugestiva; también puramente local. Según él, el clero francés, *salvo la apasionada minoría demócrata cristiana nunca fue republicano y, cuando cesó de ser realista, hace cincuenta años, quizás hace veinticinco su actitud política* se escindió. Mientras una parte de él ponía sus esperanzas en el fascismo o en el experimento paternalista de Petain, otro sector quedaba *políticamente disponible*. En ese sector actuaron distintas fuerzas, mala conciencia (quizás), limpia protesta moral, técnicas poderosas de sugestión, una formación política deficiente. Todas ellas serían entonces las que habrían bgrado el hecho que Andreu anota, de que *una parte del clero joven, después de la Liberación, sobre todo después de Vichy,* se haya encontrado vitalmente fértil para un experimento como el de la evangelización obrera con todas sus secuelas.

La narración es probable. Tampoco agota el fenómeno.,

En esta explicación, como en tantas otras, Pierre Andreu no oculta su colocación entre los objetores de los Padres Obreros. Con frecuencia se le siente muy cercano, por no decir inscripto, en aquellos sectores del sindicalismo confesional que tan amenazados (y denunciados) se sintieron por la acción de los Padres. Es lo bastante honrado, sin embargo para desplegar en su libro -mal armado, bastante difuso— un material tan rico como ecuánime. Ese material es el que decide su grandísimo interés y el acierto de su traducción

(sólo regular). Mientras en Buenos Aires mismo, donde el interés por estos planteos parece ser (después de la caída de Perón) muy grande, alguna editorial reedita, como nuevo, el texto ya publicado por ella misma hace dos décadas de P. H. Simon (*Los católicos, la política y el dinero*), el aporte de Leviatán es mucho más actual, e interesante.